

Dos imágenes de Víctor Hugo

Ignacio Solares

I

En su libro *¿Por qué a mí?*, escribió Víctor Hugo Rascón Banda:

“Anda diciendo Nacho Solares que yo les dije a los médicos que no permitieran la entrada de él y de Vicente Leñero a mi cuarto, porque cada vez que me visitaban me quitaban la poca fe que todavía tenía.

Yo algo recuerdo veladamente. ¿Estaré sufriendo de amnesia? Por eso le he pedido a Nacho que por escrito me ponga lo sucedido. Él me manda esta nota:

Te visitamos Vicente Leñero y yo una tarde en el hospital. A la entrada, tu médico, el doctor Pizzuto, nos dijo que tu recuperación está siendo asombrosa. En efecto, te encontramos mucho mejor que la vez anterior que te habíamos visitado. El brillo en los ojos delataba la mejoría, el deseo de vivir, de revivir.

Hablamos de ti, de tu familia (tus hermanas no se habían separado de tu lado un solo instante), de tus ganas de volver al trabajo, al torbellino de la vida diaria en la Sogem, en el teatro, en el circo literario y político.

Algo dijiste de que estabas recuperando la fe en la Iglesia católica y en el propio Papa, del que estabas muy emocionado por su reciente visita a nuestro país.

Fui yo el primero en brincar y cuestionarte: cómo podrías recuperar la fe en Cristo y en su mensaje de amor a través de un Papa que, en tiempos del SIDA, desaprobaba el

condón porque, según él, estaba tajantemente prohibido por Dios. Algo agregué de que si Cristo regresara a la Tierra, como en *El gran inquisidor*, de Dostoievski, su propia Iglesia lo mandaba crucificar de nuevo.

Leñero fue más cauto y dijo que lo importante era que esa fe te ayudara a recuperar la salud y las ganas de vivir, pero como insististe en defender tercamente al Papa (no entiendo por qué, yo nunca vi en ti síntomas de fanatismo), lo obligaste a también cuestionarte, junto con todo el horrendo aparato político de la Iglesia. Incluso nos preguntaste qué opinábamos de Norberto Rivera (¿ve nomás de quién!), y tuvimos que decirte la verdad, cruda y amarga para alguien que, como tú, parecías intentar un acercamiento a tu fe inicial, infantil, dulce e ingenua.

Días después me contó Ramón Enríquez que le dijiste que la visita de Leñero y mía (terrible imagen) había echado por tierra tu incipiente acercamiento a la Santa Iglesia Católica.

Leo y releo la nota de Nacho y vagamente recuerdo haberlos oído discutir sobre Dios y el Papa en mi cuarto, mientras yo dormitaba. No les presté atención, porque siempre que Vicente, Nacho, el director Luis de Tavira y el dramaturgo José Ramón Enríquez se juntan, se enredan en discusiones que duran todo el día o la noche y a veces hasta un fin de semana, como sucedía en Tepoztlán.

Allá nos reuníamos para planear la creación de la Casa del Teatro, en mi casa o en la de Rubén Aguilar, y Leñero y

Tavira empezaban a discutir sobre qué es el Espíritu Santo, cómo está eso de la Santísima Trinidad, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, si Judas Iscariote es un maldito traidor o un verdadero santo, porque él cumplió la voluntad de Dios al entregar a Jesús y se sacrificó para que éste pudiera vivir su calvario, morir y resucitar; hablan de Juan Pablo II, quien no les gusta nada porque dio marcha atrás a las nuevas posiciones de la Iglesia. Discuten sobre San Agustín, sobre el Opus Dei, sobre el Santo Grial.

Y yo me aburro. No tengo dudas. Creo y ya. Ellos ejercitan su pensamiento, debaten ideas, mientras yo les sirvo botanas, refrescos y vino tinto, cambio los ceniceros y me alejo, me recuesto bajo el sol, junto a la alberca y miro las flores de mi jardín, las copas de los árboles y los pájaros volando muy alto en el cielo azul y pienso qué verdes tan brillantes, qué nubes tan violetas, qué flores tan perfumadas, qué aire tan suave, y me siento tranquilo, sereno, muy sereno. En paz. ¿Existe Dios? Debe estar cerca.

Que otros discutan de Dios. Yo no me atormento llenándome de dudas; pienso ahora en este cuarto de hospital”.

II

El texto anterior, por supuesto, se lo reclamamos acremente Leñero y yo. Ah, qué caray, así que nosotros éramos una bola de charlatanes (literalmente) que perdíamos el tiempo discutiendo sobre vanas cuestiones teológicas y morales, que no conducen a nada, mientras tú te limitas amablemente a servirnos las botanas y el vino (del que siempre bebemos más de la cuenta) para enseguida huir, salirte al jardín a tirarte al pasto y, con las manos en la nuca, comprobar en el canto de los pajaritos la verdadera existencia de Dios, a la que nosotros nunca tendríamos acceso. ¿Quién te crees?

Víctor Hugo se limitó a contestarnos, un tanto ofendido:

—No me entienden.

Ahora que murió pienso que, quizá, tenía razón.

¿Cómo podíamos, Leñero y yo, ciudadanos irredentos, entender a alguien que nació y creció en plena sierra?

Recordé vivamente la única ocasión en que coincidí con Víctor Hugo en la Tarahumara, en un viaje al que nos invitó el entonces gobernador Patricio Martínez.

Estábamos en Creel y por la noche salimos a caminar por los alrededores.

Nunca un cielo me había parecido tan próximo, ni los racimos de estrellas tan al alcance de la mano, algo que sólo puede verse en la Tarahumara.

Nos metimos por un caminito entre pinos, donde el silencio se rompía por los rumores de los pequeños seres: la resquebrajadura de la hojarasca bajo nuestros pies, el trepar de una ardilla por un tronco, la caída chasqueante de una bellota.



Me dio algunas ideas para una novela que estaba yo escribiendo y que precisamente transcurría en la Sierra Tarahumara.

El Mal no cabía en aquel lugar, ¿lo sabía yo? El demonio era una figura del todo ajena a la concepción tarahumara del mundo porque ellos no estaban marcados por la culpa. A los *chabochis* los hizo “el que vive abajo”, en cambio a ellos, a los *rarámuris*, los hizo “el que vive arriba”. Por eso para los tarahumaras, libres de la culpa del pecado original, el perdón nunca rebajaba o humillaba. Al contrario. La palabra *wikála tána* no significaba sólo pedir perdón sino también dar gracias a Dios por las gracias concedidas. ¿Les faltaba el sentido de la competencia, de la posesión, de la ambición por el poder y por eso estaban a punto de extinguirse? Era cierto, pero eso no evitaba el acercamiento y conocimiento de Dios de los tarahumaras.

En algún momento, Víctor Hugo me señaló el cielo único que teníamos encima. El trazo lechoso de la Vía Láctea cortada por oscuras grietas, el suave tejido de araña de la nebulosa de Orión, el brillo límpido de Venus, el resplandor contrastante de las estrellas azules y de las estrellas rojas. ¿Quién advierte la muerte de una estrella cuando todas ellas viven quemándose a cada instante? La luz que vemos es quizá tan sólo el espectro de un astro que murió hace millones de años, y sólo existe porque la contemplan nuestros pobres ojos humanos.

Algo le dije de que en ciertas ocasiones como aquella sentía muy vivamente la vida de las estrellas, su juego insoportable de tensiones, casi su guerra, su lucha por sobrevivir. Él me contestó —y ya para entonces estaba muy enfermo, por cierto— una frase que, hoy que ha muerto, adquiere para mí su pleno significado.

—¿Cómo creer en la muerte ante un cielo como éste?

No, no existe la muerte, ¿verdad Víctor Hugo? [U]